

BARCELONA

EL MUNDO. Diputació 119-121. 08015 Barcelona. ☎ (93) 496 24 00. Fax: 496 24 06.

Horas quemadas

ALEX SALMON

Las devociones, los mitos son para respetar. Para eso están. Para eso existen. Todos tenemos ídolos. El confesar lo contrario sólo demuestra nuestra debilidad hacia lo que nos rodea. La religión se basa en esa teoría para infiltrarse en la vida de muchos. Con las caretas de la santidad, sitúa a su mito con la excusa de la bondad u otras causas parecidas. Los mitos se transforman. Son los mismos pero adecuados a la circunstancias. Desde la más remota antigüedad hasta nuestros días las exigencias del guión han sido las mismas.

José Agustín Goytisolo es para muchos un mito. Uno de esos animales de la poesía, que ha explicado dulce o crudamente de lo que

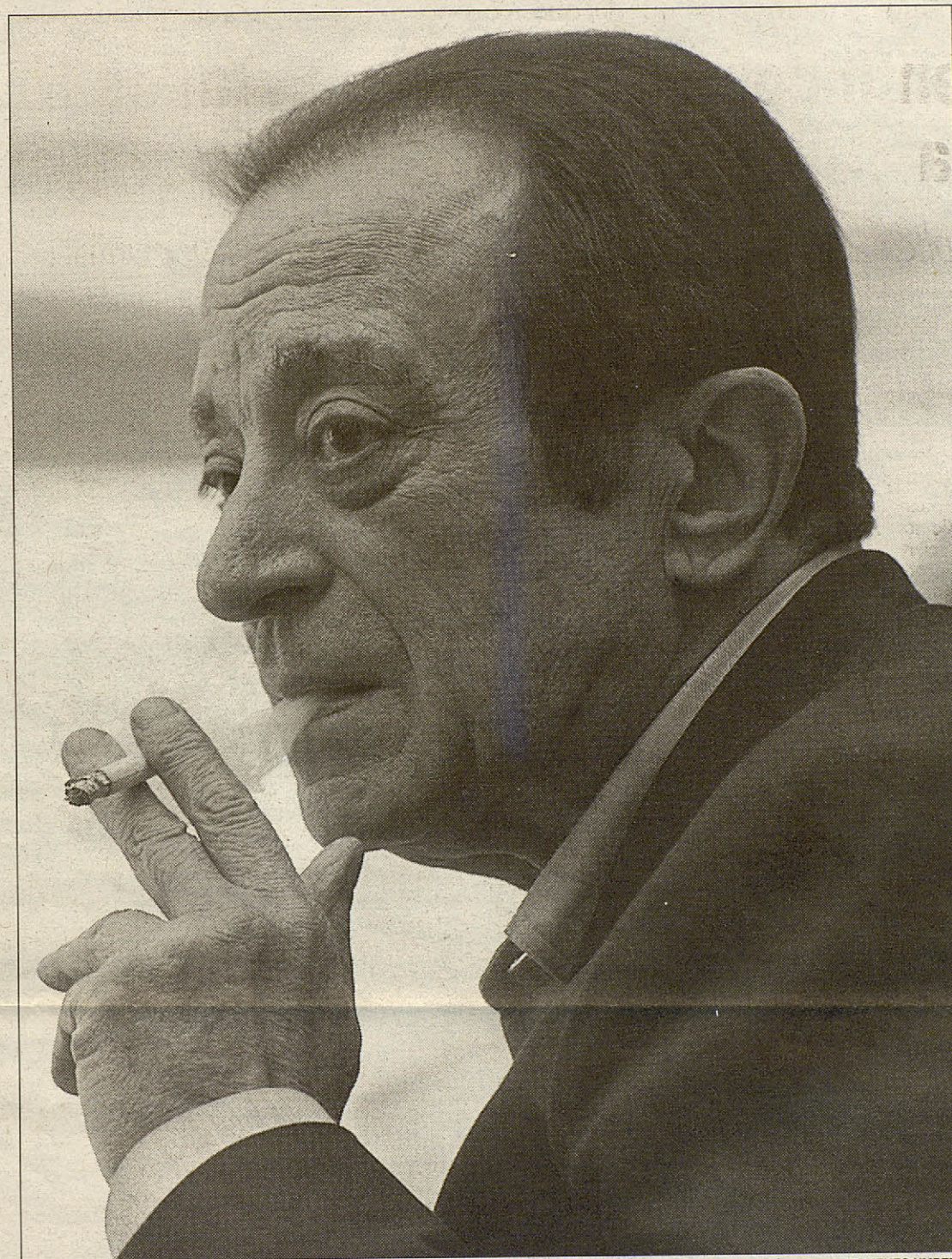
va esta vida. Así que un encuentro con Goytisolo es siempre un placer. Mejor si está su hija, la dulce Julia Goytisolo. Belleza de ojos enormes y cejas indomables. Pero para hablar de su última obra, *Las horas quemadas*, publicada en la editorial de siempre, Lumen, el poeta se las basta solo.

Quedamos en un bar de la calle Santaló, cuyo nombre es el mismo de la calle. El pidió un café con hielo, que le duró una hora y media, y un servidor un café con leche del que di cuenta en un suspiro.

Las entrevistas con Goytisolo se convierten, afortunadamente, en charlas. Conversaciones

sin un fin concreto pero llenas de sustancia. Y más cuando el tema era su última obra, un libro de poemas que cuenta algunas imágenes de su vida. La infancia, la adolescencia adulta, el franquismo y su mujer. El amor, sus primeras pesquisas sexuales, los calabozos, las depresiones, la muerte. Todo normal hasta que Goytisolo me pide que recite uno de sus poemas. Pobre de mí. Antes podía leerle un poema de amor a una mujer con la que intentaba llegar a algo más. Pero recitar frente al propio poeta: ¡eso es demasiado!, me digo.

Empiezo con *Conchita era su nombre*. «Luego abría su blusa. Los durísimos / botones de su pechos en los labios /... José Agustín escuchaba como un niño. Como si nunca hubiera escuchado aquellas palabras. Y al acabar, una gran cara de la satisfacción. Después pidió más. *Setenta y dos horas*, un poema sobre los



DOMENEC UMBERT

José Agustín Goytisolo fuma siempre que es fotografiado.

minutos pasados en las comisarias y *Llega el litio*, la lucha del poeta contra las depresiones. «Pero el litio llegó y está en su sangre / y ahora es su compañero de por vida / hasta la oscuridad o la luz total».

Recordaba el éxito que cosechó Goytisolo, junto a Paco Ibáñez en el Teatro Borrás. Recuerdo la voz grave, llena de Ducados del poeta, magestuosa y mágica. Y allí estaba yo, como un imbécil recitando frente al poeta. Uno de mis mitos. «Lee maldito —me decía— que no te los has leído todos». Y yo seguía

obediente, entre el placer y el ridículo literario.

Fue en una bar de la calle Santaló. Acabada la sesión le acompañé hasta un entidad bancaria de Muntaner. «Adios 'Goyti'», le dijo un joven con cara de pijo. Otró no tan joven, con pinta de carpintero, también lo detuvo para exclamarle «¡Cuánto amor por tu mujer! He leído una entrevista que te hicieron. Por cierto, las estanterías tardarán más de lo normal». Y sin más se aleja el poeta con unos andares que son samba. Que tiene el tobillo tocado, que le da un aire aristocrático.

BCN
BULEVAR

«Goytisolo es para muchos un mito. Uno de esos animales de la poesía, que ha explicado dulce y crudamente de lo que va la vida»